

Silvina A. Allegretti

Universidad Nacional de La Plata



“A cada uno su senda; y también su meta, su ambición si quiere, su gusto más secreto y su más claro ideal. El mío estaba encerrado en la palabra belleza, tan difícil de definir a pesar de todas las evidencias de los sentidos y los ojos. Me sentía responsable de la belleza del mundo”

Marguerite Yourcenar, *Memorias de Adriano*

Aconsejar resulta siempre una tarea complicada.

La escena suele poner en jaque a dos actantes antagónicos, cuyas funciones se definen a través de la palabra: quien ofrece el consejo -y espera que su contrafigura lo asuma como dogma impersonal aunque valioso-, y quien lo recibe – que contempla la posibilidad de una panacea para la resolución del conflicto-.

Inducir a la lectura de una obra literaria es especialmente difícil, sobre todo teniendo en cuenta las frases connotativas que se esgrimen para justificar esa recomendación.

“*Memorias de Adriano*”, la autobiografía imaginaria del emperador romano escrita por Marguerite Yourcenar en 1951, resuelve el apuro en escasos segundos: pocos lectores han

encontrado una apología diferente de la belleza para argumentar a favor de esta pieza de arte.

Narrada en primera persona gramatical, la novela se inicia a modo de epístola en la que el César decide contarle a Marco, su hijo adoptivo –y, por tanto, heredero del imperio– la experiencia vital y la resolución de aguardar con serenidad la hora final que se aproxima. Adriano es a la vez hacedor e instrumento de su poder absoluto e induce a un destinatario plural la obligación de ser contemplado antes como hombre que como Mecenas.

Lo que es del César

El protagonista original de la novela de Yourcenar, se llamó Publio Aelio Adriano y gobernó el Imperio entre los años 76 y 138 A. de C. Había nacido en Itálica, cerca de Sevilla, y su familia –aunque romana– pasó la mayor parte de su vida en España. Sucesor de Trajano en el trono de Roma, su elección como autoridad máxima se debió, en gran parte, a la emperatriz Plotina, esposa de su antecesor, quien lo incorporó a su estirpe ofreciéndole en matrimonio a una sobrina suya (Sabina). Cuando vistió la púrpura, en 117, modificó profundamente la política militar romana. Mientras que Trajano se había dedicado a expandir la geografía de su patria, Adriano se empeñó en asegurar y mantener la paz en las fronteras. De los veinte años que duró su reinado (hasta el 138), doce de ellos los pasó en viajes.

Su inclinación al arte se evidenció en obras como la reconstrucción total del Panteón, la edificación del templo de Venus y Roma, la Villa Adriana, la Biblioteca de Atenas y el Mausoleo (actualmente castillo de Sant'Angelo) donde fue enterrado.

En el 134, ante la proximidad de su muerte, se vio obligado a elegir y adoptar a un sucesor. Julio Serviano y su nieto (Lucio Cómodo) fueron las primeras opciones, pero ambos fallecieron antes que el Emperador. Adriano, entonces, nombró a Tito Aurelio Antonino (coronado como Antonino Pío), al que le hizo adoptar –a su vez– los dos futuros emperadores (Marco Aurelio Vero y Lucio Vero).

Adriano falleció seis meses después del nombramiento, el 10 de julio de 138, a los 62 años.

Albacea del Imperio

Marguerite de Crayencour, alias Yourcenar, nació en Bruselas en 1093. Hija de padre francés y madre belga, obtuvo el reconocimiento mundial a partir de *Memorias de Adriano*, obra que marcó un antes y un después en el devenir de las novelas históricas.

Yourcenar contó que una vez encontró en una carta de Flaubert, la frase inolvidable que disparó su pluma: “los dioses no estaban ya, y Cristo no estaba todavía, y de Cicerón a Marco Aurelio hubo un momento en que el hombre estuvo solo”.

Ese tiempo de orfandad es el que utiliza la ficción para cobrar vuelo. La autobiografía imaginaria modula la voz cansada de un emperador que redescubre la estética y el amor y que reconoce –no sin placer- que el arte trasciende la finitud humana.

Los conflictos bélicos y la conquista violenta no hacen feliz al César, que admite, sin embargo, que su *“deseo de poder era semejante al del amor, que impide al amante comer, dormir, y aun amar, hasta que no se hayan cumplido ciertos ritos”*.

El punto de partida ficcional es la misiva hacia Marco, en la que reconoce que ha *“llegado a la edad en que la vida, para cualquier hombre, es una derrota aceptada”*.

El relato podría llamarse lineal, en tanto tránsito ordenado de acuerdo al desempeño de sus funciones de Estado. Igual categoría sería válida si se aplicara al recorrido personal, al viaje íntimo de descubrimiento y a la nitidez con que logra revelar el alma humana.

En el devenir de los capítulos, se presentan enemigos (algunos incluso, pertenecientes a su entrono familiar; es el caso de su cuñado Serviano, esposo de su hermana Paulina,

quien intenta matarlo en dos oportunidades), reflexiones acerca del amor –encarnado en el personaje de Antinóo- (*“De todos nuestros juegos, es el único que amenaza trastornar el alma, y el único donde el jugador se abandona por fuerza al delirio del cuerpo. No es indispensable que el bebedor abdique de su razón, pero el amante que conserva la suya no obedece del todo a su dios”*); y hasta una declaración abierta acerca de su misión como hombre público y ciudadano de Roma (*“Nos esforzábamos penosamente por hacer del Estado una máquina capaz de servir a los hombres, con el menor riesgo posible de triturarlos”*).

El único consejo disponible para quienes se acerquen a la vida novelada del sucesor de Trajano, puede resultar inocente y poco academicista. Hay libros interesantes, comerciales, pasatistas, complejos, polifónicos, aburridos, clásicos, etc. *Memorias de Adriano* es bello. Categórica y absolutamente bello.

La voz serena e irrefutable del emperador ofrece, incluso, una justificación para esta sentencia: *“No estoy seguro de que el descubrimiento del amor sea por fuerza más delicioso que el de la poesía”*.

Bibliografía:

- Yourcenar, M. *Memorias de Adriano*. Traducción de Julio Cortázar. Editorial Sudamericana. Buenos Aires, 2003.
- García Blanco, H. Enciclopedia Universal Clarín, tomo 5. *El imperio Romano*. Editorial Sol. Barcelona, 2004.
- Becatti, G. *El arte Romano*. Editorial Uthea. México, 1964.
- Cultural S.A. Curso de orientación. *Biografías*. Cultural S.A. de Ediciones. Madrid, 1987.
- Nannicini, G. *Grandes Civilizaciones: Roma*. Masivars Editores. Valencia, 1983.